
Gerald Martin

Un joven escritor, autoexiliado en París, está soñando con el retorno a la mujer amada. El sueño es confuso y el joven no sabe si se trata de su amante, su madre o su patria. Aislado en mil anillos de culebra, concupiscente y torpe, tiene la sexual agonía de sentir que le nacen raíces. Intenta despertarse pero no se escapará nunca de este sueño. En uno de los claros de la noche delirante de la selva de sus sentidos, le parece que el reencuentro es inminente: «Las primeras voces me vienen a despertar; estoy llegando. ¡Guatemala de la Asunción, tercera ciudad de los Conquistadores! Ya son verdad las casitas blancas sorprendidas desde la montaña como juguetes de nacimiento... ¡Mi pueblo! ¡Mi pueblo, repito, para creer que estoy llegando! Su llanura feliz. La cabellera espesa de sus selvas. Sus montañas inacabables...» («Guatemala», Leyendas).

Muchos años después, más alejado y más confuso que nunca, el joven escritor, ya viejo, sigue soñando con la novia perdida, en un paisaje siempre verde, en el país de los árboles verdes —«valles, colinas, selvas, volcanes, lagos verdes, verdes bajo el cielo azul sin una mancha»— y piensa: «Guatemala sólo es igual a ella misma». Y recordando nuevamente a sus antepasados, los conquistadores, recuerda también el destino de sus antepasados indios: «Lo perdieron. Se lo arrebataron. Les robaron el fuego verde y todo fue angustia sobre la tierra... Telescopios hechos de troncos de palmeras vacíos por dentro, para taladrar el cielo, apuntar a lo alto, preguntar a los astros por el retorno del fuego verde. Suyo será entonces lo que ahora detentan otras manos...» («Pórtico», El espejo de Lida Sal).

Miguel Ángel Asturias fue y es el escritor latinoamericano más nacionalista y más universalista del siglo. Y si el prefacio a El espejo de Lida Sal

se titula «Pórtico», las Leyendas de Guatemala representan el pórtico de su obra: en ellas se funda y se inaugura la poética de una vida entera dedicada a la escritura. Frente a dos problemáticas, la imagen de Guatemala y la de la propia conciencia, Asturias emprendió una búsqueda hacia el pasado. Lo que más le interesaba, siempre, era la relación entre el pasado antropológico y el presente político («Taladré cráneos y ciudades»), o sea, la historia, cuya asimilación le parecía absolutamente necesaria si se quería identificar el camino hacia el futuro. Para Asturias los mayas representaban un signo nacionalista y los indígenas un signo universalista (todos fuimos indígenas en el pasado), uniendo así lo nacional y lo global dentro del sentido antiimperialista de su obra. La búsqueda metafísica emprendida por el escritor es doble, entonces: histórica y arqueológica, en el caso de los mayas, quienes proporcionan los cimientos del universo civilizado de Guatemala; antropológica y psicológica, en el caso de los indígenas tribales y campesinos, quienes constituyen las raíces de toda cultura humana. El modelo de la aventura sería el gesto del explorador, quien afina sus sentidos para aprehender los secretos de la selva (escuchar, sentir), y del arqueólogo, quien encuentra las ruinas escondidas, cuyas inscripciones jeroglíficas y mitologías desterradas llega a descifrar (leer, ver). Esta búsqueda se comunica muy claramente en las Leyendas de Guatemala, cuyos dos capítulos introductorios narran, respectivamente, el regreso del joven héroe —«Cuero de Oro», alias Quetzalcóatl— a través de la época colonial y maya («Guatemala») y su inmersión en la época prehistórica («Ahora que me acuerdo»), que sobrevive aún en el inconsciente de cada uno. La primera fase depende de la memoria, materializada en parte en los documentos escritos, y la segunda, de la fantasía, estimulada por la tradición oral y la intuición personal. Ambas fases evolutivas —o niveles psíquicos— se habían plasmado en los cuentos y leyendas que le contaban su madre y su nana en los años de su infancia, la infancia del Alhjadito. Leyendas de Guatemala representó, pues, la asimilación del pasado indígena en sus dos grandes etapas, rito de iniciación gracias al cual Asturias pudo admitir que toda cultura nace con las raíces en la prehistoria. El encuentro banal entre un joven viajero y dos «gueguechos» es, en realidad, el encuentro ritual de un jefe eminente con grandes brujos después de su peregrinación por la selva de sus antepasados y por la selva de sus sentidos. De ahora en adelante su obra demostraría que en los hechos más aparentemente insignificantes todo está siempre en juego. La prueba culminante de esta práctica a la vez material y trascendente se llamaría Mulata de Tal.

Publicadas las primeras Leyendas, Paul Valéry le aconsejó a Asturias que regresara inmediatamente a Guatemala para no contagiarse del racionalismo europeo. En realidad, la crítica ha reaccionado siempre como si algunos libros de Asturias representaran todo lo tabuizado, satanizado y supuestamente sojuzgado de la barbarie americana, conjurándolos con palabras y etiquetas que,

interpretadas, señalan la irracionalidad de su obra y la imposibilidad de sujetarla a cualquier versión disponible de la «legibilidad» clásica. Y es necesario reconocer que, aunque fáciles de leer, sus «leyendas» son extraordinariamente difíciles de deconstruir e interpretar. Son obras cuya «literalidad» se eleva al nivel más alto, a la cima de algún monumento estético centroamericano; sin embargo, están cimentadas sobre una vasta fundación de lecturas y conocimientos culturales, históricos y antropológicos cuya elucidación exigiría una vida entera de estudio y desciframiento (Maladrón: «La cordillera de los Andes Verdes, hay para envejecer sin recorrerla toda»). Mientras que un Borges, por ejemplo, se propuso hacer más accesibles las realidades y posiciones latinoamericanas a una mente «universal» (léase «europea»), y lo hizo de manera incomparable, Asturias insistió siempre en mantener la complejidad y la distancia de la cultura que él, no obstante, deseaba traducir para que otras culturas le tuvieran acceso. No quería traducir traicionando, pero no por eso debe pensarse que sus preocupaciones son diferentes. Gran parte de la problemática borgiana, por ejemplo (el laberinto, la identidad individual, el tiempo y la eternidad, las líneas y los círculos, etc.), está plasmada ya en las primeras Leyendas de Asturias y seguirá preocupándolo durante el resto de su vida y obra, sólo que «su faz está oculta al que ve, al pensador», para citar el Popol Vuh. Asombra la distancia entre el texto primario de las Leyendas y las explicaciones (bastante impresionantes y sofisticadas, por otra parte) del «Índice alfabético de modismos y frases alegóricas». Es la misma distancia que ha existido siempre entre las obras más difíciles de Asturias y los textos de la gran mayoría de sus críticos –distancia, irónicamente, que creció año tras año, después de la publicación de las Leyendas, entre los textos literarios de Asturias y las explicaciones muchas veces simplistas que él mismo ofrecía de su obra.

Las primeras leyendas tienen de todo, no solamente en lo que a sus temas se refiere sino también en referencia a sus estilos. Al comienzo se diría una imitación deslumbrante –vanguardista– de Azorín y Lorca, con ecos también del costumbrismo decimonónico o del folclorismo nacionalista (¿«Fervor de Guatemala»? y telúrico (¿«Cantamasclaro»?)) de la época contemporánea; pero después, hay toques modernistas, reminiscencias de Darío y Larreta, Gómez Carrillo y Güiraldes. Asturias mezcla todo, parodia, niega todo, suplanta todo, contextualiza todo, asimila todo. Contempla su pequeño y lejano país con inmenso amor pero también con la mirada cruel de la modernidad («bajo la vestidura ancha ceñida de leyendas, juega un pueblo niño a la política, al comercio, a la guerra»); y al mismo tiempo contempla la modernidad, con igual o mayor ferocidad, desde la visión igualmente irónica de su país y acepta e interioriza ya para siempre las contradicciones («¡Que mi mano derecha tire de mi izquierda hasta partirme en dos –aeiou– para seguir bailando –uoiea– partido por la mitad –aeiou–, pero cogido de las manos!»).

Como dijo alguna vez Jean Cassou: «Asturias, ¡qué manera más absoluta de ser genio!».

Pero, ¿qué son, exactamente, estas «leyendas»? La palabra es tan inocua, tan opaca, tan aparentemente anacrónica. En el uso asturiano del concepto, son cuentos que invocan una combinación variable de elementos históricos, religiosos, etnológicos, folclóricos, legendarios y míticos. En este sentido son los descendientes literarios de las «tradiciones» que tanta popularidad tenían en la ficción latinoamericana del siglo XIX, cuyo exponente más distinguido era Ricardo Palma, aunque Guatemala también puede ostentar los poemas narrativos de José Batres Montúfar titulados Tradiciones de Guatemala. Los libros de Palma y Batres, a su vez, tienen cierto parecido familiar con la obra de Washington Irving producida en la época subsiguiente a la emancipación de Estados Unidos, mientras que en el siglo XX se encuentran reminiscencias curiosas de Irving en las compilaciones de mitos y leyendas universales publicadas por Lewis Spence. Sin embargo, las «leyendas» de Asturias, infinitamente más educadas, tienen dos ventajas especiales. Primero, fueron elaboradas por quien fue quizás el escritor latinoamericano más original en su manera de recuperar las tradiciones folclóricas para la literatura; y segundo, las informa el estudio más intenso de la mitología universal y las tradiciones específicas de la historia, los mitos, las leyendas y el folclore de Mesoamérica, abarcando no solamente las civilizaciones mayas de la época prehispánica sino las contribuciones, para bien y para mal, de los conquistadores y las negociaciones y transculturaciones entre sus descendientes «indios» y «ladinos» durante los últimos doscientos años. Asturias echa sus ingredientes, añade sus propias especies literarias secretas, y todo lo remueve: lo maya y lo español, pasado y presente, antropología e historia, tradición y modernidad, romanticismo y vanguardia.

En este ambicioso proyecto de búsqueda de la identidad nacional, regreso a las raíces, desciframiento de los jeroglíficos naturales y culturales, se reúnen las figuras del Brujo-Intérprete y del Gran Lengua. En las Leyendas de Guatemala, el mismo Asturias los representa en su primera encarnación, la del personaje «Cuero de Oro», doble literario de Kukulkán-Quetzalcóatl, «Serpiente-envuelta-en-plumas», en busca de sus antepasados: «Aquí fue donde comenzó su canto. Aquí fue donde comenzó su vida. Comenzaron la vida con el alma en la mano». A través de semejante fusión del Popol Vuh y de la intuición antropológica, se confirma la vinculación estrecha entre la memoria (lo más lejano, historia que «se perdió y pervive») y los sentidos (lo más inmediato), enlace esencial de la escritura asturiana. Es una gesta genealógica más que apropiada para la época del Macunaima de Mário de Andrade y del Ulises de James Joyce. Muchos años después, el Goyo Yic de Hombres de maíz sería el renacimiento, en forma mucho más humilde,

de aquel narrador de Leyendas que se había declarado –aunque solamente en una nota, y nada más que por un instante delirante– la «nueva encarnación de Quetzalcóatl». El viaje no fue en vano. Las Leyendas representan un mapa extraordinario de la recuperación de un pasado y la constitución de una cultura, trazado por un joven escritor que aún no tenía treinta años. En las siete décadas transcurridas desde entonces los estudiosos les han dedicado una dosis de atención irrisoria en términos comparativos. En el siglo XXI, sin duda, se les hará justicia.

Aquí por primera vez se reúnen todas las leyendas de Asturias. Se ve fácilmente ahora cómo «Los brujos de la tormenta primaveral» es la bisagra que vincula las dos colecciones principales, la última de las leyendas primitivas y el primero de los Juanes mitológicos (Juan Poyé con su Juana). Es iluminadora la inclusión de El Alhajadito, libro que nació contemporáneo de las Leyendas de Guatemala y se completó en la época en que se escribían las leyendas de El espejo de Lida Sal. Aunque Guatemala fue su obsesión de toda la vida, como nombre aparece en el título de sólo dos libros suyos: las Leyendas de Guatemala, aquí reunidas, y Weekend en Guatemala, aquellos cuentos que demostraron que todo lo que afirmaba Miguel Ángel Asturias en los primeros tomos de su Trilogía bananera –tan injustamente vilipendiada– era verdad; que Guatemala era realmente un país que Estados Unidos podía controlar por un siglo e invadir y subyugar en un weekend, cualquier fin de semana. Entre las Leyendas y el Weekend se confirma, entonces, el fenómeno que mencionamos al comienzo de nuestras reflexiones, la alternación y fusión en su obra de fuentes antropológicas e históricas.

Su proyecto de vida no fue tanto escribir novelas y poemas como representar a un país, en ambos sentidos de la palabra, y conocer a otros países, y hacer que su propio país, pequeño y lejano de los centros metropolitanos, fuera conocido en todos los países del mundo. Lo consiguió de la manera más absoluta y más brillante, pero no sin dificultades. Sus Leyendas de Guatemala eran, en parte, una primera construcción de una identidad nacional, histórica y cultural, y en parte una interpelación –y una súplica– dirigida por un joven ausente, pidiendo perdón por su ausencia y permiso para reintegrarse a la madre patria abandonada. No fue perdonado. Quiso ser representante de un país marginal, híbrido, incluso esquizofrénico. Quiso convertir un país de «indios» y «ladinos» (Hombres de maíz) en un país «mestizo» (Mulata de Tal), pero no para hacer desaparecer a los indígenas, como después se volvió a hacer. De haber existido en su época el concepto de «multiculturalismo», seguramente habría optado por un país multicultural, es decir, por un país mestizo, pero un mestizaje plural, no jerarquizado, absolutamente heterogéneo: ése fue siempre su objetivo final. Para conseguirlo, naturalmente, era necesario conseguir la plena dignidad de todos los elementos humanos, todos los ingredien-

tes étnicos y culturales de semejante crisol. Y eso implicaba comenzar con el grupo más oprimido, los llamados «indios» o, como ahora se autodesignan, los «mayas», los «dueños desposeídos que esperan el regreso del fuego verde» (El espejo de Lida Sal, «Pórtico»).

En una época básicamente inocente del pensamiento feminista, Paul Valéry se permitió la satisfacción de recordar que una buena traducción es como la esposa perfecta, a la vez bella y fiel. La Guatemala de Asturias le era fiel a su manera (que a veces era la de Mayari y a veces la de la Mulata de Tal) y él correspondía esa fidelidad, también a su manera, durante toda la vida, estuviera donde estuviera, con una serie interminable de transacciones y traducciones: «si me sigues soñando, Patria mía, /podré vivir así, de helecho macho, /de espina de nopal, de uña de tigre, /de encendido lucero que traslada/todas sus añoranzas a la tarde, / y quedarme dormido en tu regazo/soñando que morir es sólo un sueño» («Me sueñas, ya lo sé»).

Y hay mucho más que se podría decir pero acuérdate ahora que hemos venido a oír cantar leyendas de Guatemala: Leyendas de Guatemala o Leyendas de Miguel Ángel Asturias, según.